GABRIELA MISTRAL

Con nombre de arcángela y de viento, con nombre y sobrenombre de poeta mediterráneo y de milagro de anunciación, Lucila Godoy, la maestra rural de Elqui, la muchacha chilena que bien pudo inmortalizarse poéticamente con su nombre de pila, va a dejar en la poesía de lengua española una estela de fuego y de lava que se nos antoja inapagable y cuajada. Es Gabriela la primera voz de su patria en alcanzar la universalidad del canto. Otros dos poetas varones, que llegaron sucesivamente y a escasa distancia los tres, habían de emular la hazaña de la poetisa granjeando para Chile una primacía imprevista en país que hasta entonces, hasta la poesía trágica de Desolación, *parecía más dotado para los serios estudios que para la poética fantasía. Vicente Huidobro, el poeta inagotable de* Altazor, *fué el primero en dejarnos. "El ciudadano del olvido", a quien no olvidamos, permanece entre nosotros, amigos y lectores, en figura de poema y de recuerdo.*

También, aunque se nos marche, Gabriela, la consulesa o cónsul de Chile en Madrid, nos dejará con su verso la memoria de su presencia. El consulado que luego había de heredar el tercero del trío, Pablo Neruda, nos trajo a Gabriela Mistral, que hubo de cantar en memorable ocasión la grandeza de España, la perdedora. Una mano amiga nos condujo a casa de Gabriela, en la avenida de Menéndez Pelayo. Era ella—nos decía—la que quería conocernos. No la volví a ver después de aquella inolvidable, impresionante visita. Con algo de india, de fiera, de roca, de estatua policroma de sí misma, tallada a golpes de hacha, esta no Dama de Elche, sino dama o ídola de Elqui, entronizada y quieta, sedente aun en el movimiento, Gabriela Mistral hablaba en lengua sagrada de siglos con un no sé qué de hebraico en el manejo del legado común de las Españas de tres océanos. Después, una tarjeta postal, que ella hizo imprimir para enviar a sus amigos, recogía unos versos míos de vertical anhelo, en los que su generosidad quiso cifrar el lirismo de un momento espiritual y poético.

La concesión del Premio Nobel a Gabriela nos apretó a un puñado de amigos suyos y de su poesía en un volumen de homenaje, en que yo le ofrecí o le pedí la albricia, que en mi tierra dicen la albericia. La poesía de Gabriela Mistral había ya dado muestra de su anchura grandiosa y de su trascendente objetividad con la publicación de Tala, *su libro tan genialmente americano. Ya no era sólo la poetisa interior, la confidente desolada y volcánica, ni la maternal canturreadora de delicadísimas nanas, que unirán en una inmensa ronda a los niños de todo el Universo. También Gabriela sabe entonar el canto continental, y como un Rubén femenino y con no menor grandeza, hace soplar la trompa, no*

de los héroes de epinicio, sino de los torrentes y las cordilleras, de los maíces y de los soles.

Por eso es Gabriela Mistral par de los mayores poetas. Porque la poesía mayor se contrasta en la voz ancha y fecunda que, sin traicionar la exquisita calidad de la lírica más íntima ni descuidar un instante la orquestación sutil y millonariamente coloreada del ritmo y del idioma, alcanza a dejarse oír en los límites inmensos de la puna o del Ande y aguanta sin ahogos la tensión sostenida a lo largo de estrofas caudales.

Y no sabremos, en definitiva, a cuál de las dos laderas de su eminencia ascender ni por dónde ganaremos la cumbre que las corona. Si la de la poesía juvenil o la de la poesía madura. Si la que cantaba al "Padre nuestro que estás en los cielos" con acentos inolvidables:

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!

O a la que con hermoso señorío y abrazador ademán para recoger y agavillar toda la riqueza de la lengua, de la geografía y del espíritu de nuestros pueblos, canta arrebatadamente con delirio y al mismo tiempo con maravillosa exactitud al sol de los indios, sol pintador y tatuador de casta de hombre y de leopardo:

A tu llama fié a los míos,
en parva de ascuas acostados;
como un tendal de salamandras
duermen y sueñan sus cuerpos santos.
O caminan contra el crepúsculo,
encendidos como retaos,
azafranes contra el poniente,
medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,
si no me viste en cuarenta años,
con la pirámide de tu nombre,
con la pitahaya y con el mango,
con los flamencos de la aurora
y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca / como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruapán, / como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego, / en ti me abro, en ti me baño!
Tómame como los tomaste, / el poro al poro, el gajo al gajo,
y ponme entre ellos a vivir, / pasmada dentro de tu pasmo.

GERARDO DIEGO